

FLORA

Bueno, Martín, pues ya estoy aquí un día más. No sé cuánto tiempo podré seguir viniendo; cada vez me cuesta más andar. Esta artritis me está machacando las rodillas, pero el médico me dice que tengo que hacer un esfuerzo y salir todas las mañanas a caminar porque el día que me acostumbre a quedarme en casa estaré perdida. Eso me dice, ya ves, así que hago de tripas corazón y me echo a la calle, pero te juro que a veces me encuentro tan mal que me quedaría en la cama.

Voy a sentarme aquí en el banco a descansar un poco. Mira, ahí estás, recordando a los usuarios que tengan cuidado con el hueco entre el coche y el andén. Hay que ver qué voz tan bonita tenías y qué poco te escuchaba yo en casa. Bueno, no te escuchaba porque no hablabas, claro, siempre tan reservado tú, que había que sacarte las palabras con gancho, hijo. Eso sí, con los vecinos bien amable que eras. Qué marido tan educado el tuyo, Flora, da gusto hablar con él. Eso me decían. Y créeme que me llevaban los demonios, sobre todo cuando me lo decían las mujeres. Me ponía mala sólo de pensar que tiene delito que hablaras más con ellas que conmigo. Ya te estoy echando el sermón otra vez, sí, pero es que no sabes la rabia que me daba, que estabas siempre en casa como si te sobráramos todos, enfrascado en tus autodefinidos y tus sopas de letras o en los concursos

de la televisión. Y cuando no estabas entretenido con los canarios en la terraza estabas con la oreja pegada a la radio escuchando los partidos de fútbol, que lo único que te oía en todo el día era gritar de satisfacción, cuando se apuntaba un tanto el Atleti, o despotricar contra los árbitros. Y resulta que luego te ponías a conversar con alguien en la calle y eras el hombre más parlanchín, que te observaba yo muchas veces desde la ventana y no podía ni imaginarme de qué hablarías tanto. Y esa manera tuya de gesticular y no te digo ya de reírte, que no recordaba yo cuándo fue la última vez que te oí reír en casa y tenía que presenciar esa imagen: tu cuerpo agitándose con las carcajadas y esos gestos de camaradería con el vecino o la vecina de turno, poniéndole tu mano en el brazo o dándole una palmadita en la espalda cuando te despedías. Y yo sacudiendo la bayeta del polvo por la ventana y pensando que no sabía el tiempo que hacía que no me tocabas o que te reías conmigo. Y no te digo nada cuando te sorprendí en alguna ocasión gastándole bromas a algún niño de la escalera. Recuerdo que llegaba un día con el carrito de la compra y te vi en el portal, esperando el ascensor, haciéndole preguntas sobre el colegio a Gerardito, el niño de los vecinos de enfrente. Entramos los tres en el ascensor y tú empezaste a contarle un chiste. *¿A que no sabes por qué el libro de matemáticas siempre está tan apenado?*, le preguntaste al chaval. Él alzó los hombros y tú enseguida, entre risas, le diste la respuesta: *Porque tiene muchos problemas*. El chico se echó a reír y tú celebraste con una carcajada que le hubiera hecho gracia. Pero yo te estaba mirando muy seria y tu sonrisa se te quedó congelada en la cara cuando viste la mía. Seguro que adivinaste lo que se me estaba pasando por la cabeza: que a nuestros nietos jamás les preguntabas cómo iban con los estudios y mucho menos les contabas chistes. Estuve a

punto de decírtelo ese día, fíjate, porque eso, lo que hacías con ellos, me dolía más que todo lo que me hicieras a mí. Nunca lo he entendido, de verdad te lo digo. Parecía que te estorbaban, hijo, que te ponías insoportable cuando venían a comer a casa y no te molestabas siquiera en disimular tu desagrado. Muchas veces, cuando se iban, Ricardo, que es el que más carácter tiene de nuestros hijos, me decía *Que sepas que venimos por ti, mamá. Pero a mí, ganas me dan de no volver por aquí. El día menos pensado me voy a bartar y no vuelvo*. Eso me decía, ya ves. Y lo entiendo porque hay que ver la cara de amargado que ponías cuando entraban por la puerta, que últimamente los nietos ya ni querían acercarse a darte un beso. Normal, todo el día poniéndoles malas caras por cualquier cosa, que todo te molestaba, hijo. Ya sabes lo que dice el refrán: Cuanto más viejo más pellejo. Y así fue en tu caso, que se te fue agriando cada vez más el carácter a medida que ibas cumpliendo años y ya ni te molestabas en disimular el fastidio que sentías cuando los hijos y los nietos llegaban para perturbar tu tranquilidad.

Pues eso, ese día del ascensor estuve a punto de decirte unas cuantas cosas, pero me contuve porque después cualquiera te aguantaba, con tus ayayayay y tus lamentos. Total, me dije, nos lo hemos dicho todo con la mirada.

Hablando de los chicos, Elenita no deja de repetirme que no entiende esta costumbre mía de venir todos los días a la estación del metro, que lo que tengo que hacer es pasear por los parques, al aire libre, en lugar de meterme en este sitio, tan falto de luz natural. Me dice que no es sano, que por aquí pasan a diario miles de personas y que estoy respirando todos los virus que dejan. La pobre se ha ofrecido a acompañarme un ratito por las tardes a dar un paseo. Ya ves, con la tarea que tiene siempre,

con el trabajo, la casa y los niños, y aún quiere sacar tiempo para estar conmigo. Yo creo que anda preocupada. Lo mismo piensa que se me está yendo la cabeza con esta obsesión que he cogido de venir a escucharte. Lo de obsesión lo dice ella. Y la verdad es que yo tampoco lo entiendo mucho. A veces pienso que esta manía de venir a diario a oír tu voz será para compensar todos los silencios de nuestro matrimonio. Elena me dice que si lo que quiero es oírte no tengo más que poner en casa alguna de esas películas en las que trabajaste como actor de doblaje, pero para mí no es lo mismo. Es verdad que te daban papeles secundarios; al fin y al cabo, no tenías formación como actor, aunque tuvieras una voz bonita. Y puede que tenga razón nuestra hija, aunque, ya ves, será una tontería, pero he cogido la costumbre de venir aquí cada mañana. Me gusta ver caras conocidas. Mucha gente sonríe al cruzarse conmigo o me hacen un hueco en este banco, donde saben que suelo descansar. Además está Margarita, que es un cielo de mujer. Nunca he visto una empleada de Metro más educada y servicial que ella. Hay que ver qué paciencia tiene la pobre, con la cantidad de gente tan maleducada como hay. Hoy en día todo el mundo protesta por todo: que si las máquinas expendedoras de billetes no funcionan, que si se ha tragado las monedas... Y todos haciendo preguntas a la vez y exigiendo ser atendidos de inmediato. Este trabajo no está pagado, te lo digo yo. Y se lo digo también a Margarita y ella me lo agradece con una sonrisa. Siempre tiene a punto una sonrisa esa mujer, aunque yo veo que hay tristeza en sus ojos. Y eso tiene mucho mérito, ¿no te parece? Valen mucho esas personas que son amables con los demás, aunque la vida no les trate bien. Ella me animó a que hablara con los responsables de la megafonía cuando sustituyeron tu voz por ese sonido enlatado tan ho-

rrible. Debo reconocer que fueron muy amables conmigo y que enseguida accedieron a mantener los anuncios con tu voz. Hasta salió la noticia en un periódico. Creo que es por eso por lo que me sonrío tanta gente. Mira, ahí estás otra vez, recordando a los pasajeros que no olviden sus pertenencias. Hay que reconocer que tenías mucho encanto. No me extraña que tuvieras encandiladas a todas las vecinas. Mira, se ha hecho la hora del descanso. Voy a acercarme a la taquilla a ver si veo a Margarita, que les he traído a ella y a su compañera un bizcocho para el almuerzo.